Año XVII Jueves 3 Septiembre de 1908 Núm. 395

La Academia Calasancia

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

Consultor de la Sagrada Congregación Romana del Índice

LA AGRICULTURA Y LA INDUSTRIA

Es verdad incontrovertible que la Industria se puede desenvolver por multitud de medios y con sujeción á orientaciones varias. Puesto caso de guardar correlación rigurosa la necesidad y su satisfacción, como es indefinido el número de aquéllas, es de igual suerte ilimitado el de éstas. Grande, como es la elasticidad de la Industria y además local su ejercicio, por la razón obvia y lógica de que la riqueza antes elaborable y de primera transformación siempre es la de su suelo, elaboración y transformación, ambas extensivas, contada la riqueza natural, á las fuerzas de ésta: el aire, el vapor, la electricidad, el magnetismo, el equilibrio, el galvanismo; y, en una palabra, colaborando la inclinación humana, haitada por el lucro, en la misma proporción, indefectiblemente ha de propender ella hacia objetos y procedimientos múltiples.

Como quiera, el medio más común y asequible y la base de la Industria, los garantiza la Naturaleza y principalmente las materias extraídas de la agricultura, sin que los pujos de ésta, cuanto á la Industria, sean amplios y universales por entero. Reconocémosla principio y fuente copiosa de materiales de que ella saca partido; pero no damos de barato que en todos los países, mejor, en todas las provincias del mundo —pues no son otra cosa sus varios estados, derrocadas las murallas de bronce que los separaban á impulsos de un antagonismo deprimente—puje á igual altura. Allí donde el

suelo sea feraz y agradecido, el clima brinde con su templada aura y la población revele sobriedad, robustez y laboriosidad, santo y bueno el adjudicarle la preferencia sobre las otras industrias. Porque si á los países escandinavos y rusos les preguntamos cuál es su riqueza peculiar, á buen seguro contestaránnos acordes «la caza y la pesca»; y si la misma investigación llevamos á Inglaterra y Holanda, veremos señalar el comercio como causa de su actual preponderancia.

Por arte que concretándonos á suelos que sin grandes dispendios y con probabilidad positiva pueden cultivarse, decimos que la agricultura es base de una industria floreciente.

No es esto asentar que en todos los tiempos haya blasonado ella de un gran renglón en el mantenimiento de la Industria, puesto caso de ser ésta, en su significación propia, una ciencia de dos días, é ir hoy su camino en mantillas, excluído tal cual estado. Pudo echar plantas de valiente entre árabes y españoles, en lustros pasados, en que ni por asomo pensaron dar á los frutos más transformación que la indispensable para su consumo. Muy floreciente estuvo; y plegue á Dios que hoy no se vea más rezagada, que pocos pasos la ha de llevar de delantera, cotejado lo rudimental de sus aperos con la última palabra en ciencia agrícola de nuestros días: Columela y Herrera, Oliver de Sevres y Roucier, le dedicaron elogios muy exentos de exageración.

Esta es, pues, nuestra tesis, que no admiten parangón la Industria, hija de la agricultura, y alimentada á expensas suyas, y la minera, pesquera y de caza. Datos innegables y elocuentes hannos de recordar el Comercio, su secuela necesaria, la Economía Política y la historia de las naciones más adelantadas en la industria, ora cuenten con extensión de suelo cultural, óra, habiendo dado la preferencia á la agricultura en su carrera económica, y no aplicado idénticas energías á la Industria, no se dispongan hoy á dedicar equitativamente su interés á ambas fuentes de riqueza.

Y la razón salta á la vista: la mayoría de las industrias demandan para su vida holgada la mediación directa de la agricultura, y otras la suponen indefectiblemente á fin de ac-

tivar el cambio, primera condición vital del comercio y fin inmediato de la industria.

II

Dios, que ha prodigado á sus criaturas el calórico, la luz, la electricidad, la tierra y las maravillas del reino vegetal, cooperadores eficaces de la producción; Dios, que ha puesto en la individualidad el interés propio, poderoso imán que todo lo endereza al individuo; Dios ha fijado también en el seno del orden social otro resorte, al cual ha confiado el ministerio de conservar á los dones de la Providencia el carácter primitivo, ó transformarlo, á merced y petición de las necesidades ó progreso: este resorte es la industria (1). De ésta se ha el hombre de valer para utilizar con ventaja las variadas riquezas que á manos llenas le ofrece la Providencia.

La Economía Política, ciencia que regula la producción, hoy labor ardua, imprescindible, esa autoridad tan competente en materias de riqueza y trabajo, como fruto de la reflexión de grandes pensadores, proclama una justa predilección para con la agricultura.

«Pechos abundosos de Francia y verdaderas minas del Perú» la apellidó Sully, porque en realidad de verdad, es la madre de todos los frutos alimenticios, no alcanzando precio su influencia en la creación de capitales: de ella se derivan originariamente las primeras materias de la Industria. Por supuesto que pueden ponerse hombro á hombro la labor agrícola y la manufacturera, que tan indispensable es el telar como la fibra textil, que por igual arte usufructúa el alumbramiento de un cauce de agua á una finca, que su inversión, para iluminar las viviendas, que sería la agricultura impotente para continuar activando el vigor vegetal de la semilla, á no forjar el herrero la reja del arado, ni el cereal devengaría una ganancia proporcional á la fuerza consumida en sus cuidados culturales, si molida previamente por la fábrica, no entrase de tal modo en el comercio.

(1) Mellado.—Enciclopedia Moderna, t. «Industria».

Mas esto sólo verifica ser dos ramos, la Agricultura y la Industria, de dependencia mutua, incapaces de producir riqueza y valor real, á no hacerse á una en su desenvolvimiento; sólo que la segunda está supeditada á la primera, á trueque de ejercer más tarde sobre ella una reacción benéfica. Si es tan esencial en la explotación de una mina la extracción como el acarreo, la obra del fundidor como la del abastecedor de combustible, meramente prueba que no hay facultad ni fuerza alguna creada con virtualidad infinita; que el trabajo, el capital, la producción y otros mil elementos y renglones de la actividad humana en explotación, constituyen una red inmensa y complicadísima, y que, en una palabra, como en la combustión intervienen el aire con su oxígeno, ácido carbónico y otros gases y el objeto material dispuesto á la acción del fuego; la tierra y la inteligencia intervienen por el mismo arte, y se compenetran al convertir su mirada hacia la producción. «La tierra y el comercio, brazo de la industria, dice el inglés Child, son hermanos gemelos: juntos decrecen, y juntos prosperan.»

Sea como fuere, entre esto y no reconocer influencia capital é inmensa colaboración en la actividad agrícola del hombre, cuanto á la Industria, hay un abismo. Pues la fabricación y el comercio, en la sociedad, se han como la respiración y digestión en el organismo animado. Si es indispensable la inspiración del aire para la oxigenación sanguínea, también es requerido el primer material para la explotación de todo su valor en las fábricas. Adam Smith lo abona al decir que la fuerza productiva, empleada en la manufactura, no puede devengar y remunerar en tanto grado como la misma cantidad de trabajo puesta á sueldo de la tierra. ¿Por qué? ¿dónde topará la agricultura el favor de la Naturaleza? ¿Aquella acción instintiva de podrir la simiente para activar el nacimiento y desarrollo de losgérmenes productivos, de preservarlos de los rigores de un brusco cambio de temperatura, envolviéndolos en su seno hasta la época de la consistencia de sus tejidos, de apagar ó mitigar el aliento abrasador del sol, ínterin el fruto cuaja, y de acelerar su madurez

por entre las oscilaciones de un clima vario, á fuerza de velar por su conservación?

Sino ¿para qué surcar la tierra y abonarla, si los agentes atmosféricos no hubieran de contribuir, con su benigno influjo, á absorber los elementos nocivos, engendradores de muchas combinaciones químicas, y sustituirlos por otros que llevan en sí la vida y savia del vegetal, multiplicando las condiciones vitales, á vueltas de un antídoto, contra todo accidente morboso que sobrevenga?

Tengo para mí tal condicionalidad, como linaje de auxilio y garantía industrial. Porque acomodados á pedir de boca, y en disposición de someterse á la acción poderosa del vapor, pasan por las manos del agricultor materiales y más materiales, que la Naturaleza apadrina en el empeño de prestar un servicio imponderable á la fabricación: doradas mieses que espera la tolva del molino; fibras que suaviza y amalgama en vistosa urdimbre un telar vastísimo; racimos á estrujar la prensa, ganosa de tornarlos en vinos sabrosos. He ahí las naves veleras atrailladas por el viento y la polaridad del imán, como arriban jarciadas del fruto colonial; el mar inundado, más que de veleras naves, de luengas embarcaciones impulsadas de un imán, como el lucro y la ley universal del cambio, en todos rumbos prohijan para abordar á ignotas playas, donde se alcen animados centros de frutos coloniales.

B. Rodríguez, Sch. P.

(Se continuará)

LA DISCUSIÓN EN LA CIENCIA (1)

Señores:

El evolucionante astro la Tierra, reflejo de la transformación universal pasó á ser morada del hombre á la creación de éste por Él que es, para continuar la serie bioló-

(1) Este tema fué discutido en la sesión del día 1.° de marzo, en la sección de ciencias exactas, físico-químicas y naturales.

gica, constituyendo el último eslabón de la no interrumpida cadena de los seres.

No obstante su superior desarrollo y alta gerarquía, no pretende separarse (por regla general) ni distinguirse bajo ningún concepto; sigue como los demás seres el invisible hilo de Ariadna, que, cual perdido caminante, le dirige por los desconocidos senderos de la vida, le traza un plan, le señala un orden y desplegando sus potenciales fuerzas reacciona sobre sí, se conoce, huye de las tinieblas, del aislamiento y reposo, y bajo los resplandores de la refulgente antorcha «la ley natural», trabaja, medita, reconcentra en sí sus actividades peculiares, aunque poco conocidas al principio, va en busca de su semejante, se asocia á él, y sumando y multiplicando más tarde sus fuerzas psico-físicas, dan origen á la «Sociedad», á esa solidaridad humana.

Es más; en virtud de la asociación del trabajo se establece la diferenciación orgánica, el perfeccionamiento y progreso de la sociedad, por ende, del individuo: y con estos preciosos elementos encuentra la verdad moral á que el hombre debe aspirar (aunque á veces no es ese su fin), en ella halla la verdad en sí, la verdad suma, en esencia, Dios, que como poderoso imán atrae la microscópica limadura, preocupado ser, el hombre.

Mas, desde su existencia percibía ya los lejanos horizontes de las cosas que se desvanecían ante su aturdida mente por la «Razón», «esa luz primitiva que ilumina á los hombres que vienen al mundo», como manifiesta el apóstol S. Juan; conjunto de ideas primitivas de las que emanan las demás por sucesiva gradación, merced á la inteligencia, esa facultad superior por la que el alma viene á leer en el libro de lo existente, percatándose y reconociendo la verdad real.

Aprende, además, de los otros, y enseña él también; pero diversamente, según su intuición propia, y no digo talento, porque sería ofender al que nos creó; puesto que el hombre es tanto más sabio cuanto menos talento tiene y más intuición, ya que aquél representa trabajo, y en cambio éste la falta absoluta de él, comprender las cosas de un solo golpe de

vista, como vulgarmente se dice, retenerlas, reunirlas, fusionarlas, y únicamente el Poderoso lo asume todo, es la intuición esencial, es la carencia absoluta de talento.

Pero no solamente, señores, la Ley Natural, la Sociedad y la Razón presentan al hombre la materialidad palpable que con él comparte la senda intelectual y bruta, sí que también le asocia un poderoso instrumento de paz, perfección y amor, cual es la fe que el hombre tiene y sustenta.

Verdaderamente la fe utilizada debidamente por el hombre, sin la exageración rutinaria que le hace ridículo á los ojos ajenos, cuando no retrógrado á los adelantos y perfeccionamientos modernos, viene á constituirse en un nuevo elemento de progreso al simultanearse con la ciencia. Sin dificultad alguna y de una manera espontánea se armonizan ambas, aunque la primera sea substancia y esta segunda fenómenos, que dan lugar á la llamada fe natural para diferenciarla de la otra que constituye la fe divina, que asume la natural: obsérvase así en Medicina la falta de creencia en el alma por parte de algunos médicos, porque, como dicen, no la ven ni tocan en la disección, operaciones,.. etc., como ocurre con el cadáver ó enfermo; tienen la fe natural de determinados hechos, mas lo que creen pierde sus propiedades, se transforma y modifica, es efímero; por lo tanto aquella fe no tendría lugar si no hubiese algo que durase á través de los innumerables cambios, algo inmutable, substancial, eso, la substancia! lo que no se modifica y permanece, ofreciendo gustosa y sólida base á la fe.

Y lo que sucede con las ciencias médicas ocurre lo propio en las bioquímicas, respecto cuál sea la vida; y de la misma manera acontece en las ciencias físicas y exactas, bastándonos únicamente atender al siguiente episodio que nos recuerda Lacordaire: «Estaba el eminente matemático Bartez en los últimos períodos de la agonía cuando acercándosele un sacerdote le dijo: ¿y qué, señor Bartez, no veis por lo menos algo cierto en las matemáticas? Las matemáticas, dijo, ofrecen en verdad una serie de consecuencias perfectamente encadenadas, pero ignoro cual sea su base. Su base! señores! Bartez no dis-

putaba el fenómeno, buscaba la base, la quería tocar como hacía con los fenómenos, estaba desalentado porque iba á morir sin haberla visto. ¡Infeliz! No sabía que la muerte iba á mostrársela, si bien que demasiado tarde.»

Porque la base, el fundamento, el sólido punto de apoyo de las ciencias, de la literatura, de las artes,... etc., de todo, en una palabra, es Dios, la propia esencia Divina; y de ahí la limitación intelectiva del hombre á que muchos se refieren, sin conocer ni comprenderlo siquiera.

Consecuencia directa y legítima de la asociación es, sin duda alguna, el trato.

Y bien, el trato, este lazo común que une y estrecha más y más las relaciones para que la fraternidad crezca, se desarrolle, adquiera colosales proporciones y se crucen los brazos solidarios de la amistad y del amor; ¿qué es sino el primer esbozo, paso, fase evolutiva de la Discusión, origen de la civilización entera?

Enseñanza recíproca y mutua es la discusión que se funda en reglas y razones lógicas, esto es, en argumentos; es fuente de luz, como dice Balmes, mas la perversidad humana pone obstáculos y pantallas á esa luz bajo la forma de espíritu de parcialidad, ya de ridículo amor propio (tan fecundo por desgracia), cuando no constituye una vergonzosa ofensa al contrario ó se le tiende cínicamente la mano.

Por la discusión los pensamientos se aclaran, los indicios de malicia científica (que á veces son de ignorancia), que se traslucen en el seno de la discusión, se reducen, aparecen ideas nuevas, y, merced á las dificultades del adversario, su lógica, dudas y objeciones de los restantes, y hasta las mismas necedades y ridiculeces del ignorante matón, constituyen otras tantas fuentes de luz que ensanchan el caudal de conocimientos é ilustran el resto adquirido.

Mas, desgraciadamente, como mucho se repite, el juicio se ha formado con antelación, ó la terquedad impera, el fanatismo domina, ó el egoísmo que lo abarca todo junto con el absolutismo se impone, imposibilitando el desarrollo de la discusión; se presentan y desenvuelven cuestiones sin idea de

corregirse; no se va á la lucha con el noble fin de la verdad, no se trata de comprender sino de luchar y vencer; y acontece, como indica un sabio escritor, «que el orgullo de los contrincantes se exalta, las palabras son duras, enérgicas, cuando no insolentes», corren por el camino del tema cual caballería desbocada y sin freno alguno, y sólo á impulsos de la brutal pasión obran instintivamente, sólo observan su conveniencia propia; y sucede que los espíritus, al igual que los cuerpos con el roce, se calientan, mas no siempre se afirman (á lo que se debiera tender), como aquellos, y de las ásperas y desiguales superficies de la inteligencia no se desprenden las ideas propias, altruístas, para formar juntas un fondo común, sino que la primitiva discusión se ha convertido, como se suele decir, en un verdadero desafío literario, en donde se manifiesta ampliamente el cinismo, las pasiones y las más bajas miserias: en una palabra la discusión ha degenerado en disputa.

Por esto conviene sobremanera guardarse del espíritu de disputa, ir en busca de la verdad como perenne manantial de conocimientos, no sospechar del ajeno en cuestiones pre-estudiadas y conocidas, pues la sospecha, como dice Demófilo «es señal de alma baja» y al que discute en determinadas circunstancias le es más favorable condenarse al silencio á la par que da á su adversario una excelente lección de buena educación.

Para comprender la trascendental importancia de la *Discusión en la Ciencia*, sea cual fuere ésta, basta dirigir una rápida mirada, no sólo el reino animal, grupo orgánico de los seres, sí que también á todos los elementos integrantes de la Naturaleza, para convencernos de su existencia y de la de los hechos que en ellos tienen lugar, el sobrevivir de unos, la derrota y muerte de otros, la sencilla y complicada variedad de formas, las herencias adquiridas, las leyes del desarrollo progresivo, del crecimiento y divergencia, del grado de fecundidad, etc., etc., convencernos de la necesidad que tiene nuestra inteligencia de explicarse tales acciones, y cuando no es posible con los medios naturales, se acude al raciocinio é inventiva dentro de la verdad de los he-

chos, se forman teorías más ó menos exactas é ingeniosas, pero que tienden á satisfacer la aspiración humana y entonces se abren de par en par las puertas de la discusión.

Finalmente, cuando aquélla se entabla sobre terrenos conocidos ó previamente estudiados y comprobados á fondo, mas no simplemente por las cubiertas (como ocurre cuando se cifra sólo en las generalísimas ideas que suministran los diccionarios), ó bien tienen lugar entre personas entendidas, juiciosas y nada pesimistas ó hasta retrógradas y absurdas para la humanidad que no tratan de investigar la verdad ni de salirse del círculo vicioso de lo conocido, los espíritus se animan y fortalecen con los nuevos conocimientos, se hacen aptos para la comprensión de otros superiores, se rectifican los errores, surgen ideas hasta á veces opuestas á las primitivas, y marchando siempre hacia la verdad, la Discusión en la Ciencia viene á ser un poderoso faro para que la corriente impetuosa de la verdad no se estrelle contra los innumerables obstáculos que la mantendrían nuevamente ofuscada.

Julio Vallory

SANTO DOMINGO DE GUZMÁN Y SAN JOSÉ DE CALASANZ

Ministros de Instrucción Pública

EL ROSARIO Y LA ESCUELA PÍA

Dediqué mi artículo anterior al Pobrecillo de Asís, Serafín de amor, bardo de las ternezas divinas, sabio economista y el gran personaje que resolvió la cuestión social de su siglo. San Francisco de Asís, sin recursos materiales, se hizo poderoso; encastillado en la pobreza, dama de su pensamiento, derribó los castillos feudales; enaltecido y aupado por la virtud de la humildad, escaló las fortalezas del magnate, y con el cordón simbólico, que estrechó en sus manos enjutas, sujetó á los poderosos del mundo y fustigó duramente al señor feudal, cuyas odiosas prestaciones tiranizaban no sólo los cuer-

pos, sino también las almas de los pobres vasallos, que se vieron obligados á vestir la opresora librea de la servidumbre.

Tan grande fué la tiranía en los de arriba y tan humillante la esclavitud en los de abajo, que los villanos tenían que imponer silencio á las vocingleras ranas del estanque para que el señor feudal durmiese en paz. No veían en el pobre vasallo más que una máquina viviente de guerra, de que se servían para satisfacer sus miras egoístas; pero San Francisco de Asís acabó aquella guerra, que se hacía al pobre vasallo, predicando la paz; hizo frente á los que buscaban las dignidades, haciendo cosas indignas, y quebrantó las soberbias arrogancias, las desapoderadas injusticias y las ambiciones desmedidas del feudalismo, dando á cada uno lo suyo y triunfando de todos por medio del ejemplo, que es el mejor predicador.

No fué tan ingenioso el mal del feudalismo en contra de los pobres esclavos, como la caridad de Francisco en pro de los mismos, viéndose sobrenadar su fe cual arca del diluvio, en el mar revuelto de las pasiones, cuyas temerosas ondas levantadas hasta las nubes por los recios vientos de la ambición, bajaron y retrocedieron prontamente ante los suaves soplos de la caridad de Francisco y los aires limpios y sosegados de su humildad.

Quizás se me diga que el mal de la servidumbre se fué para no volver, y por lo mismo es inoportuno y enfadoso recordar ahora viejos achaques que padecieron nuestros padres; mas por males de nuestros pecados, no es así; antes vemos que la tiranía de la servidumbre aparece de nuevo con extrañeza universal, en medio de las libertades absolutas é ilimitadas que se han otorgado al pueblo, para hacerle presa de todo linaje de bárbaros en el orden intelectual, político, económico, religioso y social.

Cierto, y no menos doloroso, que padecemos hoy el mal de la servidumbre, pues el siglo XIX no dejó otra herencia á sus hijos, y cual loco y delirante tiró el inestimable caudal de la santa libertad, desposeyéndonos de las suaves ligaduras de la

ley del Señor, para someternos á la férrea cadena de la esclavitud y al yugo insoportable de las ideas más descabelladas, que luchan en el campo de la inteligencia disputándose su dominio. Apenas amaneció el siglo XX y le despertó la aurora con sus alegres claridades y vivos resplandores, cuando vió en el horizonte millares de hojas volantes, que esparcidas en todas direcciones por los huracanados vientos de encontradas ideas, cubrían y nublaban la atmósfera intelectual del hombre, de las ciudades, de los pueblos, de las líneas férreas y de las casas de ocio, donde se hacen gastos enormes de capital y de salud y donde miles de hombres que blasfeman en culto y en tabernario, atildados caballeros y rústicos artesanos se apresuran á leerlas, á comentarlas y á dejarse influir de su lectura, terminando por hacer abdicación de su personalidad en las hojas de papel, «más temibles que las hojas de las espadas».

El hombre es dueño de sí mismo y señor de su pensamiento, porque Dios le dejó en manos de su consejo, para que todos sus actos y operaciones se revistiesen de los esplendores del merecimiento. Pero no puede prescindir del enemigo, que le rodea y le sale al encuentro, cargado de letras, haciendo el oficio de Judas, para que las almas apostaten, reniegen de Cristo y se pasen de la ciudad de Dios á la ciudad de Luzbel. Satanás, arrojado del cielo de la verdad al infierno de la falsedad, pone escuela de mentira, y de ella salen aventajados discípulos para engañar como el padre de la ficción y sugestionar las almas por medio de letras, que disfrazan el error, siembran la impiedad y atacan el fundamento de la fe con maquiavélica intención y más suaves formas. Los que se dejan sugestionar por el mago encantador de la palabra escrita, pasan á ser sus cautivos intelectuales y morales, y aprisionados con el acero de su pluma, llegan á formar en las columnas periódicas cadenas de almas engarzadas, que semejan los anillos de fascinadoras serpientes. De este modo los hombres intelectuales sin Dios, que escriben en hereje y enseñan en ateo y materialista, hacen innumerables prisioneros del crimen, del vicio y desenfreno, teniendo para

los cautivos de sus ideas antros mas sombríos que las obscuras mazmorras africanas que en el siglo XIII se abrieron, como otras tantas sepulturas, para los cautivos cristianos.

Mas prescindiendo de que el mal de la servidumbre no desapareció al expirar el siglo décimo nono y que le padecemos aún más agudo en los albores del vigésimo siglo, no es menos cierto que el régimen temporal, como el espiritual, deben bracear y combatir contra los enemigos y los males que producen, por pasajeros que sean. Al que corrompe y engaña por medio de malas letras que llamean odio á la Iglesia, vomitan calumnias y amargos eruptos, y exhalan las hediondas emanaciones de la pornografía, se le ha de hacer frente con la buena prensa, de cuyos moldes y tipos salgan las letras que se inspiren en el amor limpio, en la sabiduría increada, en la verdad suma, en el poder soberano, en la rectitud absoluta, en la belleza infinita y en la santidad plena y fecunda. Al verbo de la palabra hablada y escrita, lleno de mentira, como el de Satanás, debemos oponer el que esté lleno de verdad y de gracia, como el de Dios; á las letras que matan, el espíritu de Dios que vivifica, *spiritus Dei vivificat;* á las letras, que según el Apóstol, hacen desequilibrados, *multæ te litteræ ad insaniam convertunt,* las letras que forman los cerebros sanos y que no privan ni defraudan al alma de la verdadera libertad, *non defraudant illam libertate;* y, finalmente, á las letras que llevan el sello del padre de la ficción, opongamos las letras refrendadas con el Nombre de María, como hacía el rey Asuero, que no escribía ninguna carta que no llevase el sello de la hermosa Ester, de cuyo anillo se servía para comunicar gracia al verbo interior del pensamiento, que se graba y traduce en el papel: *signatas litteras annulo suo.* Por la clemente Ester, en quien se ve simbolizada María, el rey Asuero perdonó y dió libertad á su pueblo. Así lo comprendieron los varones apostólicos del siglo XIII, que para acabar con la tiranía de la servidumbre, acudían á la Santísima Virgen, por cuya mediación alcanzaban de Dios la libertad, por qué suspiraban los cautivos. Esto, aunque es muy sabido, no todos lo tienen presente, y así vemos que las negociaciones diplo-

máticas no alcanzan hoy con satisfactorio éxito y tan buen resultado lo que en la Edad Media consiguió el celo y la caridad de San Francisco de Asís. Los diplomáticos de estos tiempos no pueden ni aciertan á substituir á los religiosos de ayer, y por hábil y sagaz que sea su diplomacia, alcanzan menos triunfos que los religiosos, á quienes se vió muchas veces hacer de Cónsules en las costas de Berbería y en las escalas levantinas.

La devoción á María y el cumplimiento de los deberes de su Instituto inspiraron á los Religiosos y á sus Patriarcas acciones heroicas y maravillosas hazañas que les valieron ruidosos triunfos, nunca bien aplaudidos. La Virgen era la columna de fuego que los guiaba, como al caudillo de Israel, á través de la noche obscura de los padecimientos, y conducidos por la Excelsa Madre de Dios, marchaban alegres al lugar del destierro, penetraban en los calabozos en que gemían los cautivos, les administraban los Sacramentos, mantenían en su puesto á los confesores de la fe, preservaban de la apostasía á los encarcelados y dulcificaban las aguas amargas de las tribulaciones con las corrientes del suave y dulcísimo Nombre de María, en quien hallan siempre consuelo los afligidos y desterrados por los hombres de mala voluntad.

Momentos hubo en que se oía música del cielo en aquellas mazmorras, y los calabozos se convirtieron en cielo de resplandores; y cuando el sensual y fanático Muslime arrancaba la lengua á los heroicos redentores del cautivo, para que no hablasen en contra del Korán, todavía continuaba palpitando de amor el corazón del Misionero, saliendo del fondo de este vaso sagrado notas rítmicas y dulces cánticos de alabanzas, que recorrían la escala de todos los afectos y del entrañable amor que profesaban á María. No podían consentir que el moro, cual perro agareno, siguiese cantando en sus mezquitas aquella maldita fórmula: «no hay más Dios que Dios, Mahoma es su profeta, ni engendra ni es engendrado» con, lo cual borraban del libro de la revelación el venerando Nombre de María. Felix de Valois, Pedro Nolasco, Raimundo de Peñafort, Ramón Nonato y Jaime el Conquistador se hicieron

populares en tierras extrañas, y animado de este mismo espíritu de conquista el filósofo Mallorquín, Raimundo Lulio, pasó á tierra de infieles con la noble ambición y vivo deseo de unir á los lauros de la ciencia, la victoriosa palma del martirio.

Felipe Gómez Sedano, Sch. P.

LA APARICIÓ

Sant Joseph de Calassans
feya l'oració continua
en la capella hont Jesús
nos veu, escolta y estima.
Los noyets resen ab ell,
plens d'un fervor sense mida,
quan veuhen que d'un plegat
fins lo cel se'ls mitx obría.
Una claror celestial
com aurora'ls ilumina,
y'ls noyets extassiats
venilshi ángels oviren,
y que's queden sobre d'ells
cobrintlos ab ala amiga.
També porten a les mans
un grapat de perles fines,
més que les de l' Orient,
cad'una val més qu'un India.
La claror se fa ja sol,
la Verge és que'n va vestida,
és la Primpcesa dels Cels
ab la lluna per catifa;
per corona dotze estels,
com li veuréu cada día.
Ella no va sola, no,
ve ab Jesús per companyía,
a Ella y al bon Jesús,
y als angelets los noys miren.
Jesús no ve com un rey,
ab majestat que alucina,
ni ve com un redemptor,
que fins als morts ressucita;
per mostrar li ve de gust
lo prech d'infancia senzilla,
se'ls apareix com noyet
que ab los noyets congenía.
—Dau, fill meu—sa mare diu,
la benedicció divina,
al noyets que'ns están fent
aquesta oració contínua.
Jesús ab aquella ma,
que del no res tot ho cría,
beneyeix a aquells infants,
y ab ells les Escoles Píes,
als mestres y als infantons,
que dins ses aules s'apilen.
Jesús ja'ls ha benehit,
ja son hereus de ses vinyes,
com Jacobs de l' Isaac,
per més que'ls Essaús criden.
Prou se veu tot desseguit,
quan los angelets los tiren
una pluja de brillants,
los que en ses mans sosteníen.
Los noyets tot recullint
aquelles perles divines,
¡Oh, y que'n quedaren de richs,
y ben rublerts de delicia!
Tan richs, qu'un dels primers
que a les Escoles veníen, [noys.
Oreci, de grau en grau
pujá de l'Iglesia a Prímpcep.
Ab los brillants que guanyá
de la oració contínua

pogué un dia ser investit
de porpra cardenalicia.
Cassanyas lo Cardenal,
com també'l Cardenal Vives,
dos Cardenals catalans
y tots dos de nostres díes,
s'enriquiren ab brillants
guanyats a l'Escola Pía.
Donchs, noyets, eixos brillants,
habéu de rebre aquet día,
que us portarán angelets,
fent be l'*Oració contínua*.

Joseph Teixidó Sch. P.

AMOR MATERNO

Yo no sé si la niña dormía
ó si exánime estaba en el lecho;
las campanas con triste tañido
doblando se oyeron.

Sus ojitos estaban cerrados
y los labios tenía entreabiertos,
mas tenía la tez amarilla
lo mismo que un muerto.

En la estancia do inmóvil yacía
todo estaba en profundo silencio,
que su madre rompía con llanto
y á veces riendo.

Eran risas y llantos amargos
que brotaban unidos á un tiempo,
porque juntos amor y honda pena
tenía en su pecho.

Yo la ví levantar con sus manos
de la cuna aquel rígido cuerpo,
cuyo rostro apagado y sombrío
cubría de besos.

Cuanto más en sus labios sentía
la impresión heladora del hielo,
tanto más la estrechaba en sus brazos
por darle su fuego,

Que corría en sus venas de madre,
que brotaba en su pecho materno,
que en sus ojos se veía encendido
frenético, ardiendo.

Que arrancaba del fondo del alma
doloridos, tristísimos ecos,
que mezclados con risas salían
y gritos histéricos.

Un dogal fuertemente apretado
parecía tener en su cuello;
pronunciaba sonidos oscuros,
vocablos inciertos.

El amor, que es la vida, luchaba
con la muerte en aquellos momentos,
y arrancarle la presa quería,
por ella muriendo.

Mas en vano; la muerte implacable,
resistiendo el titánico esfuerzo,
á la madre dejó desmayada
encima del muerto.

Y en la estancia ya nada se oía;
se acercaron al fúnebre lecho
de la niña y sintieron el frío
por todos sus miembros.

¡Pobre madre, qué sola quedaba!
En la caja el cadáver pusieron
que al instante de allí se llevaron,
saliendo en silencio.

Y entre tanto su cuerpo llevaban,
con agudos y tristes acentos
las campanas de bronce en la torre
doblando siguieron.

A la niña en la tierra encerraron.
Su sepulcro con losa cubriendo,
rodearon la fosa con flores,
llorando se fueron.

¡Pobre niña, que sola allí estabas,
y tu madre querida, cuán lejos!
¡quién pudiera volverte á su lado,
juntarte en un beso!

¡La casita, qué sola que queda;!
todo mudo parece allí dentro;
las tristezas en ella han caído
como un denso velo.

En las noches á veces la madre
se dirige sonámbula al lecho,
y al tenderle sus trémulas manos,
lo encuentra desierto.

Como enjambre de abejas furiosas
en su débil cansado cerebro
se revuelven, así que despierta,
amargos recuerdos.

¡Pobrecita! su dicha era grande,
cuando viva llevaba en su seno
á la niña que hoy lleva en el alma
como un vivo muerto.

Vicente Mielgo, Sch. P.

LOS HÉROES DE LOS SITIOS Y LA PARROQUIA DE S. PABLO DE ZARAGOZA

(Conclusión)

Descripción que conmovía los corazones fué la que hizo el orador de las defensas de las puertas del Portillo, y del Carmen, y de Sancho, cuando los franceses no podían ocupar ni un solo punto estratégico, porque en todos había pechos aragoneses y la sublime heroicidad de Agustina Zaragoza, hazaña que dió por resultado el resurgir de un pueblo.

Y entró el P. Rabaza á tratar de la memorable fecha del Cuatro de Agosto, la gloria más imperecedera de los Sitios, porque en ella se conmemora la fiesta del pueblo, la fiesta de la guarnición, la de los héroes anónimos, que cada uno valía tanto como un general francés. — Señores — decía — no quisiera para mí, de todas las glorias del mundo, más que la adquirida por el último de esos defensores anónimos.

Describió el cuadro de desolación y ruina que ofrecía Zaragoza en aquella fecha y preguntó cómo era posible esclavizar á un pueblo en el que todos eran héroes; en el que cuando los hombres hacían un alto en un ataque para reponer sus fuerzas, las mujeres seguían disparando las armas. ¿Era éste un pueblo de imbéciles?

Habló de cuando reaccionó el espíritu de los sitiados, de la memorable jornada del Puente de Piedra, cuando fué colocado el cañón que apuntaba á los más tímidos que se preparaban á la huída, y de la victoria brillantísima que los nuestros alcanzaron en tan reducido campo.

El Cuatro de Agosto es una afirmación terminante. Aquí, que la con-

desa de Bureta dijo que todos los cobardes son traidores, se ve que la traición no anida en ningún pecho, que todos son valientes, que saben morir y hacer inmortal á su Patria. Los sitiadores son arrollados, deshechos, la negación napoleónica es vencida por esta elocuente afirmación de la Religión y de la Patria.

Sólo por la Religión — decía — se sabe el precio de la vida y por qué precio puede venderse: sólo por la Religión se tiene idea de la muerte y fuerzas para sostener los ideales en forma que los empíreos califican de temeridad; sin Religión sólo se registran cobardías, suicidios ó egoísmos. El heroísmo no es un absurdo y menos en pueblos que llevaban en sí la quinta esencia de la fe religiosa, ni es tampoco temeridad.

El P. Rabaza demuestra cómo tenían que ser héroes asombrosos, hombres que iban á la Virgen, besaban su Pilar, la nombraban su capitana, llevaban á su templo las banderas, como los triunfadores en Bailén á la Virgen de Zocueca: hombres que no se detienen ante la muerte, triunfan; no se detenían porque morían por la Patria y ¡qué bello es morir de tal suerte!...

El orador declaró que no le extrañaban heroísmos tales, ni la resistencia indomable de los pechos aragoneses, ni de encontrar sacerdotes como los hijos de la parroquia de San Pablo, ni tampoco de ver unidos al fraile, al labrador, al aristócrata y al soldado, todos serenos, tranquilos, porque la religión influía en esa unión y en esos heroísmos

El P. Rabaza entonó un hermoso canto á la memoria del P. Boggiero, hijo del pueblo, describiendo aquellas horas amargas que compartió con éste, animándole á la resistencia, dando lecciones de supremo heroísmo á aquellos á quienes antes dió lecciones de elocuencia y de retórica.

*
* *

No pueden celebrar esta conmemoración centenaria con espíritu tranquilo aquellos que no sientan lo mismo que sentían los héroes — decía el orador.

Aquí la Religión es indígena, es, creedlo, un supremo elemento de nuestro historial de glorias: hoy se pueden ofrecer las pruebas.

Ir contra la Religión es ir contra la Patria, es abrir brechas en las murallas para que penetren los traidores enemigos. Por eso, en los actuales momentos, doy mi aplauso generoso y grande á todos los que han contribuído á estos actos, porque veo que todos están llevados de los mismos entusiasmos, porque este ambiente, esta fiesta abrillantada con la presencia de la primera autoridad eclesiástica, de las autoridades, del Ayuntamiento, del clero y de la milicia, es la fiesta de la Religión y de la Patria, porque todos, al afirmar sus sentimientos religiosos, demuestran que son dignos sucesores de los héroes de 1808.

El orador, elocuentemente nos habla de la Patria, diciendo:

La Patria no es ni los montes, ni los ríos, ni los campos, ni las ciuda-

des; es algo más espiritual, más grande; como el hombre no es tampoco ni los músculos, ni la sangre, ni el flúido; el hombre está en la vida, y la vida en el alma y el alma en el pensar noble y generoso, en sostener los ideales sagrados, en morir por ellos, en sentir conforme á sus ideales. Y yo digo que los pueblos, como Zaragoza, que saben lo que es Religión y lo que es Patria están seguros; son incorruptibles. No importa que vengan extranjeros...

El P. Rabaza declaró que tenía que hacer una protesta enérgica, necesaria; tenía que protestar de una palabra, por afrancesados muy repetida: EUROPEIZACIÓN. ¿Es que se quiere con esta frase constituir españolismo? — preguntaba. El orador, en pocas palabras, hizo muy comprensible el significado que para los modernos tiene el vocablo, que va directamente al alma religiosa y patriótica del pueblo y declaró que palabras y pensamientos de tal especie eran imprudentes para expresarlos en una conmemoración tan gloriosa.

*
* *

Pocas palabras empleó el orador para demostrar que la condenación de la negación napoleónica no implicaba odio al pueblo francés.

Venga en buen hora Francia — decía — con sus manufacturas, con sus industrias, con sus adelantos, con todo el progreso sancionado por la Religión; vengan esos nobles franceses que besan reverentes el santo Pilar, que saben respetar nuestro suelo, que no atentan contra nuestras creencias; pero que nunca penetren los ejércitos de la impiedad, de impostura, de la negación de la Religión y de la Patria: consentir esto sería infame.

Citó el orador la copla popular: *La Virgen del Pilar dice...*, y al hablar de los tiempos napoleónicos en que el nombre de la Virgen adorable era escarnecido, declaró que en los tiempos modernos los gobernantes de esa misma nación habían también declarado la guerra á la Santa Madre de Dios y que, por tanto, la copla debía mantenerse, aunque modificada:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
porque no quiere que Combes
le arroje de aquella tierra.

Probó que sosteniendo la Religión se sostienen los sentimientos patrióticos y se tienen pueblos grandes.

*
* *

El P. Rabaza llegó al final de su majestuosa oración fúnebre. Dijo: Oyendo los gritos que salen de los innumerables sepulcros donde reposan los restos de los héroes, nosotros tenemos que repetir *Lux æterna luceat eis*, porque es verdad, porque sobre ellos brilla y brillará la luz de la Religión y de la Patria.

Vayamos ante esas tumbas que serán altares de sacrificio, ante esos monumentos imperecederos, y allí todos juremos ser siempre españoles, bajo el concepto de Religión y de Patria.

Hagámoslo así y entonces podremos exclamar:

Requiem aeternam dona eis, Domine.

*
* *

La síntesis de la oración fúnebre ha sido extensa. Esto prueba los vuelos que alcanzó la oratoria del P. Rabaza, que tan profundamente conmovió nuestros espíritus.

Lápida dedicada al P. Boggiero, Escolapio

Por la tarde tuvo lugar el acto de la entrega de la placa conmemorativa del P. Basilio Boggiero.

Los manifestantes se dirigieron todos al colegio de PP. Escolapios, recibiéndoles en la puerta de la iglesia el Rvdo. P. Rector y toda la Comunidad.

El respetable hombre público D. Julián Bel hizo entrega de la placa, pronunciando un elocuentísimo discurso lleno de sentimiento y profundo patriotismo.

La placa es de plata y lleva en la parte superior, artísticamente entrelazados, el gancho de la popular parroquia, una espada y una llave, y en la inferior el escudo de la Escuela Pía.

Campea en el centro la inscripción siguiente:

AL SABIO Y PRECLARO
P. BOGGIERO
SACERDOTE DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE ESTA CIUDAD
ASESINADO EN 24 DE FEBRERO DE 1809;
LA PARROQUIA DE SAN PABLO
EN TESTIMONIO
DE ADMIRACIÓN Y RECUERDO
ZARAGOZA 4 DE AGOSTO DE 1908.

En uno de los cantos de la placa se lee: *La Comisión, D. Pascual Aznárez, D. Alberto Palacios.*

El Padre Rector de los Escolapios, visiblemente emocionado, pronunció las siguientes frases, que transcribimos íntegramente, ya que muchos no tuvieron el gusto de poder escucharlas.

«Grande es la honra que me cabe en estos momentos al recibir del dignísimo Sr. Cura Párroco de San Pablo esta corona y placa dedicatoria, como homenaje de honor al esclarecido mártir de la fe y de la independencia patria, mi querido hermano en religión el Padre Boggiero. Pero antes de dar las gracias permitidme un ligero desahogo de mi corazón entusiasmado.

¿Este homenaje lleva envuelto el perdón más amplio de las ofensas hechas á la Religión y á la Patria? Si esto sólo significa, desde luego lo doy en nombre del mártir asesinado; pero si significa otra cosa, si significa una aproximación de ideas de nosotros á los que fueron nuestros enemigos, si significa perdimiento de la fe católica y patria, si significa rebajamiento de honor, de dignidad y heroísmo, si significa, aunque no sea más que un simple olvido de las ofensas recibidas, eso... jamás.

Pues de lo contrario, ese caudaloso río que baña y besa los pies de nuestra augusta soberana la Inmaculada Virgen del Pilar y del cual se valió la Providencia, un siglo ha, como de vehículo para depositar en el seno de la inmensidad del Océano, como única y adecuada tumba para conservar los restos de Sas y de Boggiero, considerándose la tierra incapaz de abrir una sepultura digna de sus virtudes y heroísmos; ese río, repito, cambiaría su corriente y devolviéndonos los dos héroes; éstos, abrazados á la cruz de ese modesto monumento levantado á su memoria en el secular puente de Piedra, exclamarían con voz de trueno y dirían: ¿qué haces, querida España? ¿qué buscas, noble Aragón? ¿qué pretendes, heroica Zaragoza? ¿el perdón para los enemigos? Perdonados están. Es la doctrina del Crucificado; pero no nos pidas más.

Dispensadme, señores, esto que puede llamarse necesario desahogo del corazón, como he dicho al principio; pero que creo deben ser los sentimientos que animen ahora y siempre la hidalguía de todo pecho español y el heroísmo de todo pecho zaragozano, sobre todo si éste ha tenido su casa solariega en la Plaza de San Agustín, número 9, frente al convento del mismo nombre, y del cual salió su abuelo acribillado de balazos, no quedándole ya más fuerzas que las absolutamente necesarias para arrastrar su cuerpo hasta su casa, deseoso de exhalar su último aliento en tierra puramente española, no mancillada ¿qué dije?... no hollada por sus infames enemigos.

Doy pues, ahora, las gracias en nombre propio, en el de esta comunidad y en el de la Religión de las Escuelas Pías, en primer lugar al dignísimo presidente de la junta magna de estos festejos populares, á la junta en general, á todos los parroquianos de San Pablo, á las comisiones todas y á todos los zaragozanos que se han dignado contribuir á honrar con su presencia este solemne homenaje que no es sino la más viva expresión de que la hidalguía, nobleza y patriotismo del pueblo de 1908 son los mismos que los del pueblo de 1808».

El público acogió con largos y entusiastas aplausos las sentidas frases del padre rector y acto seguido se disolvió la manifestación.

*
* *

La Iglesia y Colegio residencia de los Rvdos. Padres Escolapios ostentaban una iluminación muy bonita. La de la fachada del Colegio, combinada con bombillas de colores verde y blanco, resultaba muy ele-

gante; sobre la puerta había un cartelón, orlado de laurel en el que se leía la inscripción siguiente: *Gloria al P. Boggiero, al Hermano Matías, á los 14 religiosos escolapios y 600 soldados asesinados en los claustros de este Colegio.*

De *El Noticiero* de Zaragoza. Agosto 1908

GLORIAS DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN ESPAÑA

(Continuación)

III

¡¡Las misiones!! Bella palabra que por sí sola comprende, no una, sino una serie de glorias de nuestros religiosos españoles.

Dejemos la palabra al insigne cantor de los *Mártires,* para que en breves pinceladas, pero de mano maestra, nos trace ese sublime cuadro que el mundo no acertará nunca á admirarlo bastante, y con valiente frase nos cante la grande epopeya por sola la Iglesia realizada, mediante las Órdenes religiosas; valiente ejército, en cuyas avanzadas ocupan un puesto de honor nuestros beneméritos religiosos.

«He aquí, dice, uno de aquellos grandes y nuevos pensamientos que pertenecen exclusivamente á la religión cristiana. Los cultos idólatras ignoraron siempre el entusiasmo divino que inflama al apóstol del Evangelio, y los antiguos filósofos jamás dejaron los jardines de Academo ni las delicias de Atenas, de modo que, llevados de un impulso sublime, fueran á humanizar al salvaje, instruir al ignorante, curar al enfermo, vestir al pobre y sembrar la paz y la concordia entre naciones enemigas; y esto es lo que han hecho y hacen todavía con frecuencia los religiosos cristianos. Los mares, las tempestades, los hielos del polo, los ardores del trópico, nada los detiene; no hay isla, no hay escollo en el Océano donde no se haya manifestado su celo: así como en otro tiempo faltaban reinos á la ambición de Alejandro, del mismo modo faltaba tierra á la ardiente caridad de tales apóstoles.

»Preciso era atravesar selvas inmensas y fragosas, pasar

lagos pantanosos, peligrosos ríos y trepar inaccesibles peñascos; era preciso hacer frente á naciones crueles y supersticiosas, vencer en unos la ignorancia propia de la barbarie y en los otros las preocupaciones de la falta de civilización; pero tantos y tan grandes obstáculos no bastaron á detenerlos. Los que no crean en la religión de sus padres, convendrán á lo menos en que si el misionero está persuadido de que sólo hay salvación en la religión cristiana, el acto por el cual él mismo se condena á sufrir males inauditos, á fin de salvar á un idólatra, es superior á cuantos sacrificios puede hacer el hombre.»

He aquí en pocas palabras hecho el retrato fiel del misionero que, viendo como el Salvador la oveja perdida, sacrifica gustoso las comodidades, los regalos, los placeres, los honores y dignidades, los parientes y amigos y aun la propia vida por volverla al redil de la Iglesia. Y si, como dice el Señor, no hay sacrificio comparable al de dar la vida por sus hermanos, preciso es decir que el misionero, que tan generosamente la da para salvar el alma de un salvaje desconocido, que quizás, lejos de agradecer sacrificio tan heroico, le maltrate, le injurie y le escarnezca, y aun le dé la muerte por toda recompensa, realiza un acto tan grandioso, sublime y heroico, que el más impío no podrá menos de contemplar estupefacto, respetando y admirando á lo menos, ya que no bendiciendo, á esa religión divina que sabe producir tales héroes.

Alardean las sectas protestantes de filantrópicas; pero ¿qué es esa mentida filantropía basada en una autolatría egoísta disfrazada con tan pomposo título?

¡Ah! ya lo dijo muy bien el vizconde de Chateaubriand: «La filantropía es la moneda falsa de la caridad.» Sí; el demonio siempre ha sido, como decía San Agustín, *Simia Dei*, procurando en todo remedar con múltiples y engañosos disfraces el bien, la verdad y la virtud. He aquí por qué las sectas disidentes, que militan á la izquierda siempre, aunque en puestos más ó menos avanzados, con el fin de hacer cruda y sañuda guerra á la Iglesia, han querido aparecer como los

verdaderos amantes y bienhechores de la humanidad, encubriendo su asqueroso y repugnante fondo con el seductor ropaje de una mentida y falsa filantropía. No; ya nadie se deja engañar, porque es demasiado sabido que lo que en realidad buscan y el fin que visiblemente persiguen no es otro que el de poner al servicio de rastreras miras políticas, industriales ó comerciales, cosa tan sagrada como la religión.

Ahí está la historia que no nos dejará mentir. Léase á nuestro insigne Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo;* al P. Flamerión en su *Prospérité comparée des nations protestantes et des nations catholiques*, y otros muchos escritos de esta índole, y dígasenos si no es á todas luces absurdo, si ya no fuera ridículo, parangonar la hermosa y caritativa obra de las misiones católicas con el vil remedo de las misiones protestantes. ¿Cuándo nos presentarán un ejército de hombres llenos de celo, de abnegación y de caridad, como el constituído por los beneméritos hijos de San Ignacio, de Santo Domingo de Guzmán, de San Agustín, del humilde Serafín de Asís, de San Benito, de San Raimundo de Peñafort, de San Juan de Dios, de San Alfonso M.ª de Ligorio y del Santo Obispo Claret, que, como ángeles de la caridad y palomas mensajeras de la «Buena Nueva», partiendo de todas partes y sobre todo de nuestra España, vayan á apartadas regiones y remotas playas á dar pábulo al incendio de su caridad con la providencial misión de «enviados de Dios» y Apóstoles del Evangelio, no sin haber antes dado un adiós quizás eterno á todo cuanto el mundo tanto estima, y con lo que de mil diversos modos les ha brindado, presentándoselo en la dorada copa de los atractivos mundanales? No; no nos los presentarán, porque ni los tienen ni los conocen, ni por más que los busquen podrán jamás hallarlos.

Nuestras misiones en América

Tomando la cosa desde su origen, esto es, *ab ovo,* como dirían los antiguos, es bien notorio y de todos conocido, que el gran acontecimiento del descubrimiento de las Américas se debe en gran parte, por no decir en su casi totalidad,

«á dos de nuestros humildes religiosos.» Y al llegar á este punto, habríamos de exclamar mejor que el predicador portugués: *Cargad aquí vuestra consideración, hermanos,* digo, clerófobos y enemigos irreconciliables de los religiosos.

Colón, ese hombre cuya vida es casi una novela, en cuya mente brillaba la llama del genio, cuyo corazón palpitaba á impulsos de un poder mágico y sobrehumano y cuyos pasos guiaba una mano oculta, una Providencia secreta, aquel *aliquid divinum* que de cuando en cuando hace ver al hombre su poder infinito; vese despreciado en su ingrata patria, traicionado por un rey, hecho la burla y escarnio de casi todos á quienes comunica sus grandes proyectos. «¿Dónde encontrará un albergue cariñoso, diremos con un escritor insigne, en que descansar de las grandes fatigas del cuerpo y del espíritu y dónde le den un pedazo de pan? ¿Dónde encontrará, sobre todo, un hombre que entienda los razonamientos de su poderosa inteligencia? ¿Quién hablará de su proyecto colosal á la magnánima Reina de Castilla, encerrada en su querida ciudad de Santa Fe para seguir los pasos del cerco de Granada?

¡Quien lo ignora! El primer albergue fué *un convento,* el de la Rábida. El primero que le entendió, *un fraile,* Antonio de Marchena. El primero que le protegió, *otro fraile,* Juan Pérez. El primero que le defendió científicamente en la Universidad de Salamanca, *otro fraile,* Diego de Deza. El primero que le presentó á la Reina, *otro fraile,* Hernando de Talavera.»

Sí; el nombre ilustre de ese genovés es inseparable de los nombres de nuestros religiosos españoles.

«Si para él, como elocuentemente decía el sabio y modestísimo Arcipreste de Sanlúcar de Barrameda en el Congreso de Sevilla, no hay página en el libro de las glorias humanas, si su nombre y sus timbres están escritos en una hoja de luz y de oro, tendida entre el tiempo y la eternidad, suspendida de una mano invisible en los cielos y sostenida en la tierra por la contemplación de todos los mortales», preciso es añadir, que en esta misma hoja y encerrados en el mismo marco

están los nombres de los religiosos á quienes debió protección, amparo y alientos para llevar á cabo su titánica empresa. «A Fr. Diego Deza, escribía el Almirante á los Reyes, deben VV. AA. el poseer las Indias. Nunca hallé, dice en otra parte, ayuda de nadie, sino de Fr. Antonio de Marchena, después de aquélla de Dios eterno.»

Descubierto ya el Nuevo Mundo, y mientras avaros comerciantes corrían desalados en pos de bienes materiales y de codiciadas riquezas, vense aparecer los ángeles de la caridad con la cruz y el rosario por toda arma de defensa y el breviario bajo el brazo por todo bagaje, buscando presurosos también, no caducas y terrenales riquezas, sino almas que salvar y corazones que redimir de la esclavitud del demonio, dueño, durante tantos siglos, de aquellos infelices pueblos que gemían aherrojados con duras cadenas bajo el ominoso peso de tan dura esclavitud.

Nicolás Yábar

(*Continuará.*)

BIBLIOGRAFÍAS

Semblanzas políticas del siglo XIX, por Alfredo Opisso.—Herederos de Juan Gili, editores. Cortes, Barcelona. 1908.

Al escribir el autor estas biografías, semblanzas ó recuerdos de personajes y cosas de la política, muchos de los cuales aparecieron en el diario *La Vanguardia*, se propuso administrar, sin demasiada repugnancia, unas cuantas dosis de historia contemporánea, en el sentido de dar á conocer la mezquindad, la miseria y esterilidad de nuestros gobiernos en todo el transcurso del reinado de Isabel II hasta casi nuestros días.

Hemos leído con gusto todas y cada una de las bellas páginas del presente libro, admirando en él la naturalidad y siempre la habilidad con que descubre el velo para exponer al lector las tramas de la política y de la enmarañada historia del célebre pasado siglo. En este libro, pasan delante del lector, como cinta cinematográfica, las figuras de Espartero, Narváez, O'Donnell, Olózaga, Donoso Cortés, Bravo Murillo, Ríos Rosas, Dulce, Aparisi Guijarro, Nocedal, Prim, González Bravo, Manterola, Figueras, Castelar, Valera y Campoamor, famosos todos ellos ya en la tribuna, ya en el foro, ya en el parlamento, ya en el periódico, ya en el fragor de la guerra, ya en la hora de paz y tranquilidad, pulsando la lira y representando á la nación en las cancillerías extranjeras.

Este libro llamará poderosamente la atención, no sólo de los que se preocupan de la política de nuestra patria, sino también de cuantos sientan afición por la literatura.

Se recomienda la obra por la pulcritud con que está presentada; de lectura clara y abundante, impresa en tipos ingleses y hermoso papel, acreditando una vez más á la casa editora, herederos de Juan Gili, de esta capital.

R. P. G.

La Azucena de Quito ó la Beata Mariana de Jesús Paredes y Flores.—Vida publicada por el Rvdo. P. Augusto Brucher, Redentorista.—B. Herder, librero. Editor pontificio. Friburgo de Brisgovia (Alemania).

La Beata Mariana fué uno de esos espíritus privilegiados que de cuando en cuando envía el Señor á la tierra para que enseñen á los míseros mortales la senda del bien y de la virtud, y por ende la del cielo. Vió la primera luz en el suelo americano, perfumando con sus santos ejemplos y virtudes aquella vida de cristiandad en jóvenes que al calor de la predicación de ardorosos misioneros, se convirtieron á la fe del Crucificado. El olor de santidad de *Azucena* traspasa los mares, y el ejemplo de sus austeras penitencias extremece á sus contemporáneos y hace que todos la imiten en el amor sin límites al Cordero que vive entre lirios y azucenas.

El P. Brucher ha escrito esta vida con mucho esmero y cariño, de modo que la lectura se hace sujestiva, y sin darse cuenta se lee capítulo tras capítulo con delectación é interés.

Consta este libro de cuarenta y nueve capítulos, acompañados de un apéndice y un entusiasta y ferviente himno dedicado á la Beata.

Completa la presentación y estampa del mismo un fotograbado de la Azucena de Quito, cabe el cual se lee: beatificada por S. S. Pío IX el 20 de Nov. de 1855.

La lectura de este hermoso libro interesa, no sólo á la persona dedicada á la piedad en el claustro, sino á las que viven en el mundo, y para estas últimas parece se ha escrito, para que vean que en el mundo también se pueden santificar, como se santificó *Azucena*, hasta el punto de dar la vida por su patria, á la temprana edad de 26 años. Esta virgen comprobó la verdad de esta sentencia de Santa Teresa: *El placer de morir sin pena, vale la pena de vivir sin placer.*

R. P G.

A los confesores, educadores y padres de familia—Sobre la educación de la castidad, por el P. Ramón Ruiz Amado, S. J. Un tomo en 8.°, con VIII y 216 páginas: en rústica, 1'50 pesetas; encuadernado

elegantemente en tela inglesa, 2'50 pesetas. Administración de *Razón y Fe*, Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Apenas se hallará, entre las personas que se interesan por los transcendentales problemas de la *educación moral*, quien no se haya enterado de la controversia suscitada por los libros norte americanos *Lo que debe saber el niño* y *Lo que debe saber la niña*, de Silvano Stall y Mary Wood-Allen respectivamente; y de la reprobación de tales libros con que la Autoridad eclesiástica la ha terminado. Pero esta resolución, de carácter puramente negativo, al cerrar autoritativamente una senda extraviada, no hace sino añadir estímulos á los que andaban buscando el camino verdadero para la genuina *educación de la castidad*.

El P. Ruiz Amado, que ya había tratado sumariamente este punto en su libro *La educación moral*, le dedica ahora una más amplia atención, estudiando la historia del problema planteado en el siglo XVIII, las diferentes soluciones que se han propuesto y la que aconsejan la Moral cristiana y la sana Pedagogía. La transcendencia incomparable de esta parte de la educación, y la competencia de especialista que la Prensa más docta de España y América ha reconocido en el autor, son la mejor recomendación del libro que anunciamos; interesantísimo sobre todo para los confesores, educadores de profesión y padres de familia, á quienes va dirigido.

N. N.

Nuevo Método para aprender el inglés por Hermam Schnitzler. editado por B. Herder, Friburgo de Brisgovia. (Alemania).

Muchos son los métodos que en estos últimos diez años han brotado de plumas inteligentes y deseosas de satisfacer la necesidad imperiosa del conocimiento de los idiomas que sienten hoy día las naciones, á causa de la mancomunidad de sus intereses. Todos ellos han intentado, con mayor ó menor éxito, eliminar los obstáculos, para que el alumno pueda, sin fatiga y en poco tiempo, familiarizarse con un idioma que no es el suyo; pero entre todos ellos, creo que el método *Schnitzler* ha llegado, por decirlo así, á la última palabra.

El nuevo método para aprender el inglés por Hermann Schnitzler, que he tenido el gusto de examinar detenidamente, puesto en manos de un profesor que sepa distribuir de un modo oportuno entre sus discípulos las muchas riquezas que encierra, nada deja que desear.

La larga experiencia de doce años de enseñanza de este idioma me ha hecho ver que es preciso, ante todo, hacer desaparecer de la inteligencia del discípulo las preocupaciones que abriga sobre la casi imposibilidad de aprender los idiomas de origen anglo-sajón. Es preciso animarlo desde la primera lección, principiando por lo más sencillo y haciendo de

manera que desde el primer día sepa coordinar las frases más elementales del idioma.

Este resultado puede muy bien obtenerse con el método Schnitzler, desde la tercera lección de su primera parte, ya que el autor dedica las dos primeras á la pronunciación, cuyas reglas, expuestas con mucha claridad y profundo conocimiento del idioma, podrá el profesor reservar para cuando el discípulo se halle algún tanto familiarizado con la pronunciación de las palabras, adquirida de viva voz.

Es indudable que, como nos enseña la naturaleza, el mejor método para hablar un idioma es hablarlo. Esto que á primera vista parece una paradoja, no solamente es posible, sino que es el único medio de que ese estudio, de sí tan árido, sea eficaz y hasta deleitoso á discípulos y profesores.

El método Schnitzler, con sus ejercicios concienzudamente graduados y con ricas colecciones de... vocábulos que en ellos intercala, proporcionan al alumno un depósito de frases y palabras que creo más que suficiente para que pueda alternar airosamente en una conversación familiar ó comercial.

La experiencia me ha enseñado también que el punto de batalla, en el estudio del inglés, es la pronunciación fácil y correcta. Según mi humilde parecer, lo último que hay que enseñar al discípulo es la lectura. Atendida la falta de fijeza de sus muchas reglas, el comenzar por ahí como se hace en otros idiomas, sería descorazonar al discípulo y hacerle caer el libro de las manos.

El método Schnitzler abunda, sin duda, en este mismo sentir y parecer al colocar al fin de su bien elaborada obrita, trozos escogidos que podrán servir al discípulo para ejercitarse en la lectura y traducción, y familiarizarse al mismo tiempo con los mejores escritores de la lengua de Shakespeare.

No dudamos por lo tanto, recomendar el método Schnitzler á profesores y alumnos como uno de los mejores y más útiles que han aparecido en estos últimos años, si se aspira á que estos últimos puedan aprender el inglés pronto, agradablemente, con poco trabajo y casi sin auxilio del diccionario.—M. M.

REVISTAS

Anales del Pilar y la Exposición Mariana de Zaragoza. La revista religiosa, *Anales del Pilar,* ha dedicado un excelente número extraordinario á la importante Exposición Mariana que fué inaugurada en el mismo local que la exposición Nacional.

Dicho número contiene la reseña de la sesión inaugural con el texto íntegro de los discursos pronunciados en el acto; artículos de varios escritores católicos; descripciones y fotograbados de la Exposición.

Ora et Labora. Esta publicación es el órgano de la Obra de propagan-

da de los seminaristas españoles. El número dedicado á conmemorar *el centenario de la Independencia* ha tenido tan buena acogida que se han despachado numerosos pedidos, hasta de *cuatrocientos ejemplares,* estando casi agotada la edición hecha de *quince mil.*

El número que nos ocupa está ilustrado con el retrato y autógrafo del Emmo. Cardenal Spínola (q. s. g. h.) y la reproducción de varias postales contra la mala prensa.

El último número publicado está dedicado á la segunda *Asamblea de la Buena Prensa.* En él se adhieren á la misma los seminaristas sevillanos; aceptan, reconocidos, previa la bendición del prelado, la honrosa invitación que les ha hecho la *Comisión de* Propaganda, y se disponen á trabajar para el éxito de la Asamblea.

A este fin proponen un plan, á la vez completo y sencillo, un *programa de acción,* que por lo práctico no dudamos en recomendar á nuestros lectores:

1.° *Orar por la Asamblea y hacer que otros oren.*

2.° *Inscribirse como socios é inscribir á otros.*

3.° *Enviar una ó varias memorias, breves y prácticas, é invitar á otros á que hagan lo mismo.*

4.° *Asistir á la Asamblea si es posible é inclinar á otros á que asistan.*

Puede asegurarse que irá á Zaragoza un grupo no pequeño de seminaristas sevillanos, presididos por el Director de la Sección de Propaganda. Bien por los seminaristas sevillanos. Rápido

Arbol Calasancio

Día 3 de septiembre de 1795.—La Excma. Sra. Duquesa de Osuna solicita una fundación de las Escuelas Pías en la ciudad de Gandía.

—Resultaron muy solemnes los cultos dedicados á San José de Calasanz en el Colegio de San Antón de esta capital. Una nutrida orquesta ejecutó magistralmente, bajo la dirección del Maestro Santaeularia, la Misa de Ribera, ocupando la cátedra del Espíritu Santo el Dr. D. Santiago Estebanell, párroco de la Bonanova y discípulo de este Colegio, quien con la elocuencia que le distingue, cantó las glorias del santo y sabio fundador de las Escuelas Pías y Patrono de la juventud. Por la tarde, el Rvdo P. Rafael Oliver, Sch. P., trató en su discurso de la verdadera y cristiana educación.

Tanto por la mañana como por la tarde asistió mucha gente á la iglesia, para ganar la indulgencia concedida por el Sumo Pontífice.

El Excmo. Sr. Obispo de Pinar del Río abrillantó con su presencia tan simpática y religiosa fiesta.

—*Escuelas Pías de San Fernando de Madrid.*—Muy solemne resultó la novena que los Padres de este Colegio dedicaron este año al Fundador y Patriarca San José de Calasanz. Hubo todos los días exposición de Su Divina Majestad, estación á Jesús Sacramentado, santo Rosario, canto de la Letanía por un coro de niños, sermón, novena y reserva,

terminando con los gozos al Santo. Fueron oradores los RR. PP. Andrés Navarro, León García, Joaquín Larrañaga, Fidel Bardón, Manuel Pinilla, Ciriaco de Pablos, Francisco J. Campaña é Ignacio Torrijos.

El día 27, festividad del Santo, cuarenta horas, misa solemne, siendo orador D. Antonio Martínez, Pbro. Por la tarde solemnes completas, visita de altares, salmo *Credidi* y reserva.

—En el reciente Certamen literario celebrado en Tarrasa fueron premiados varios Padres Escolapios.

Con el premio del Emmo. Sr. Cardenal Casañas, el Rvdo. P. José Soler Garde.

Con el del Excmo. Sr. Comisario Regio de la Escuela Industrial de Tarrasa, el Rvdo. P. Nicolás Yábar.

Con el del Sr. Enrique Sagnier, el Rvdo. P. Víctor Güell.

Con el de la Juventud Católica de Tarrasa, el Rvdo. P. José Riba, y con el premio ordinario de *Fe*, el Rvdo. P. Bonifacio Sáinz.

Con el del Excmo. Sr. Marqués de Alella, el académico honorario Sr. D. José Sala Bonfill.

A todos les damos la más cordial enhorabuena por sus triunfos.

—*La Asociación Calasancia*, de Villanueva y Geltrú, ha dedicado un extraordinario á San José de Calasanz, su Patrón. Hay varios grabados y algunos autógrafos; entre ellos, uno del Santo Patriarca, otro del Sumo Pontífice, y otro del Emmo. Sr. Cardenal Casañas.

—En el Certamen periodístico organizado por *Ora et Labora*, de Sevilla, ha tocado á nuestra *Academia Calasancia* el tema 23: *Biografía de un personaje célebre del siglo XIX*. En este Certamen hay 68 temas, que sólo pueden desarrollar los seminaristas que han estado matriculados en el curso de 1907 á 1908.

—*El Centro Obrero Calasancio* celebró el día 30 la fiesta de su Patrón, San José de Calasanz, con misa de comunión, que celebró el Rvdo. Padre Rector de este Colegio. Además hubo varios sorteos, entre ellos una imposición de 50 pesetas en la Caja de Ahorros, donativo de doña Dolores Boladeres, á la memoria de su hijo Ernesto Miró (q. e. p. d.)

Por la tarde se representaron los *Dos Sargentos franceses* y la *Butifarra de la Llibertat*. La sección coral amenizó el acto con las canciones *Los tres Tambors*, *Lo Rossinyol* y *Cansó dels noys*, dirigida por el profesor Fernando Ardevol. La numerosa concurrencia salió complacida de tan hermosa fiesta.

—Nuestro amigo, suscriptor y académico correspondiente, D. Antonio Cabrera de las Casas, de Santa Cruz de la Palma, ha tenido la gran desgracia de perder á su esposa á mediados del mes de agosto. Al mismo tiempo que acompañamos en el sentimiento á nuestro amigo, suplicamos á los académicos una oración para el eterno descanso de la finada. (R. I. P.)

Ramón Puig, Sch. P.

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD.—MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA